

XVIII Sínodo ordinario de la Orden Cisterciense

Homilía en la Misa de apertura del Sínodo Roma 30 de junio de 2014

Lecturas: Joel 3,1-5, Juan 7,37-39

Queridos Hermanos y Hermanas,

Las lecturas de esta Misa votiva, con la que queremos confiar al Espíritu Santo, los encuentros, pensamientos, palabras, reflexiones y decisiones de estos días, pero también todas nuestras comunidades y la Orden en su conjunto, ponen en evidencia dos realidades de la vida según el Espíritu que estamos llamados a vivir y favorecer en nosotros y en los hermanos y hermanas que nos han sido confiados. La primera realidad es la “profecía”, y nos viene sugerida sobre todo por Joel. La otra es la “fuente”, y nos la sugiere Jesús en el Evangelio.

El Sínodo, como todo encuentro en el que estamos llamados a ejercer una responsabilidad con respecto a la Orden y la Iglesia, se sitúa entre la realidad en la que nos encontramos, en la que se encuentran las comunidades y los miembros de la Orden, y un ideal de vocación que nos estimula y nos juzga al mismo tiempo. Y cuando miro la realidad de la Orden y pienso en la vocación a la que hemos sido llamados, incluso en la diversidad de las formas, me convenzo cada vez más que hoy tenemos necesidad de la profecía, y que necesitamos encontrar una fuente. Las dos cosas están unidas, porque, en el fondo, la profecía es siempre una llamada a volver a la fuente, y una ayuda para encontrarla. Y la fuente, cuando se la encuentra, cuando se la alcanza, hace profetas. El Papa Francisco, con su testimonio y su palabra, sobre lo que trabajaremos en este Sínodo, nos llama a esto.

Ahora bien, a menudo pensamos en estas realidades como algo abstracto e inalcanzable. Las lecturas de esta Misa, sin embargo, nos hablan claro: el Espíritu Santo nos hace a todos profetas. Joel asegura que cada hombre, hijos e hijas, ancianos y jóvenes, esclavos y esclavas, todos “serán profetas”. Y todos llegamos a serlo en virtud de Pentecostés, de la efusión del Espíritu asegurada por Cristo a la Iglesia. Y en el Evangelio, Jesús grita que la fuente se nos da, que la fuente del Espíritu es accesible, y que esta fuente es el mismo Jesús: “Si alguno tiene sed que venga a mí y beba el que crea en mí” (Jn 7,37-38).

Pero ¿qué es en realidad la profecía? ¿Qué don de profecía nos da o quiere darnos el Espíritu Santo? La lectura de Joel habla de sueños, de visiones, y describe fenómenos terroríficos “en el cielo y en la tierra”. El profeta, es verdad, debe anunciar a menudo el destino último de la historia y de la vida de cada uno. Pero no lo hace solo para asustar. Lo hace para enseñar una postura de fe ante la vida que no deja en vano la gracia del Señor. El profeta no es enviado para anunciar la ruina sino la salvación más fuerte que toda ruina, que toda crisis y fin que, sin embargo, socan el universo, la historia, la vida de cada uno, incluso la historia y la vida de nuestra Orden y de nuestras comunidades.

"El sol se cambiará en tinieblas y la luna en sangre, ante la venida del Día de Yahveh, grande y terrible. Y sucederá que todo el que invoque el nombre de Yahveh será salvo, porque en el monte Sión y en Jerusalén habrá supervivencia, como ha dicho Yahveh, y entre los supervivientes estarán los que llame Yahveh." (Jl 3,4-5)

El don de profecía es para ayudarnos a vivir todas las circunstancias de la vida y de la historia como momento de salvación, una salvación que viene del Señor, que es siempre posible, incluso al final, incluso cuando somos "supervivientes", es decir, cuando humanamente no queda posibilidad de seguir adelante.

El profeta no prevé solamente lo que acontecerá, sino más bien lo que hoy y siempre el Señor puede hacer en medio de nosotros, si nos abrimos a Él. La profecía es, por lo tanto, y sobre todo, una llamada a abrirnos al Señor, a no vivir como si Él no pudiese dominar y salvar el mundo, la historia, nuestras vidas. El profeta es sobre todo aquél o aquella que nos enseña a rezar con fe. ¡En esto, cuántos buenos profetas tenemos en la historia de la Orden, pero, primeramente san Benito, y después también entre nosotros, en nuestras comunidades! ¿Les escuchamos al menos en esto? ¿Les escuchamos cuando dicen, con sencillez, con fe, con experiencia que "quien invoque el nombre del Señor se salvará"?

Esto es algo que siempre me impresiona cuando visito las comunidades. Quizá primero escucho miles de problemas, miles de dificultades, miles de conflictos, miles de críticas, tantos "profetas de desventuras", como decía san Juan XXIII al abrir el Concilio Vaticano II (Discurso, 11.10.1962, §4,3). Pero después llega siempre un pequeño "profeta de esperanza" que es como un rayo de sol a través de un cielo nublado y amenazador, y su mensaje no es: "¡Todo está bien! ¡No hay problemas! ¡La vida es bella!", sino la fe en que si se pide, el Señor responde, quiere responder. El profeta de esperanza es aquel que transmite a sus hermanos y hermanas la fe y la experiencia en que "quien invoque el nombre del Señor se salvará".

Es lo que nos dice Jesús en el Evangelio de esta Misa, porque Jesús es el gran Profeta de nuestra esperanza, el gran Profeta de la Salvación. Es el Profeta que grita: "Si alguno tiene sed que venga a mí y beba el que crea en mí. Como dice la Escritura: ¡de su seno brotarán ríos de agua viva!" (Jn 7,38-39).

Jesús nos grita que el gran problema del mundo, el gran problema de la Iglesia, de la Orden, de nuestras comunidades, está por resolver primeramente en nuestro corazón. En nuestro corazón que, bebiendo en Cristo, Fuente viva del don del Espíritu, está llamado a convertirse también él en una fuente de este don en la Iglesia y en el mundo. Parece como escucharse otro grito de Jesús, muy querido por nuestros padres y madres cistercienses: "Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt 11,28-30).

Nuestro corazón está llamado a convertirse en imagen del Corazón manso y humilde del Señor, es decir, en un corazón de comunión. Por lo tanto, cuando Jesús dice: “aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”, define su Corazón como relación, pero como relación que tiene su cualidad ontológica específica. Es manso y humilde. ¿Qué quiere decir una relación mansa y humilde? Esencialmente se trata de una relación en la que el “tú” es preferido al “yo”, en la que el amor al otro, la atención al otro, es más determinante que la afirmación de uno mismo.

Es de esta caridad de la que el Espíritu quiere hacernos fuentes; fuentes de comunión con Dios y los hermanos y hermanas, fuentes de un amor gratuito que no busca el propio interés, la propia gloria, la ganancia propia, porque esto sofoca la vida y la alegría, en cada uno de nosotros y en las comunidades.

Cristo nos grita que todos tenemos sed de verdadera caridad, de la caridad de Dios que es el Espíritu por el cual el Padre y el Hijo se aman, sin estar replegados sobre sí mismos, para abrir su infinito Amor al corazón de cada hombre. Solo si bebemos con deseo y fe en la Fuente que brota del Corazón de Dios, podemos convertirnos en fuentes de caridad inagotable.

La fe cristiana consiste en llevar nuestra sed a la fuente del Corazón de Cristo; la fe es la adhesión a Cristo hasta beber en la fuente de su amor al Padre, del Espíritu de su comunión con el Padre.

En nuestra Orden nos enfrentamos con muchos problemas y dificultades, y debemos hacer muchas elecciones cruciales. Por todas partes se eleva un grito de necesidad, de crítica, de insatisfacción.

En medio de este grito, ¿sentimos aún el grito profético de Cristo que nos invita a la fe en Él, que nos invita a beber en la Fuente para convertirnos nosotros mismos en fuente de su amor?

Nuestra Orden, nuestras Congregaciones, nuestras comunidades, nuestros esfuerzos de formación, o de reforma, ¿nos educan verdaderamente para vivir con fe la sed profunda del corazón del hombre?

En nuestros momentos de oración comunitaria, y en la oración personal, ¿acudimos de verdad a saciar nuestra sed en el Corazón traspasado de Cristo del que brota el Espíritu?

Cuando oramos al Espíritu Santo por cualquier intención, deberíamos hacerlo siempre escuchando primeramente a Cristo que nos pide la fe, que llevemos a Él nuestra sed, nuestra necesidad, nuestra pobreza. Entonces, no seremos satisfechos por un riachuelo, por un hilo de agua que resuelve solo una cosa, el único problema que nos preocupa, sino por un “río de agua viva”, capaz de saciar en la amistad de Cristo a toda la humanidad.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist